

CRÍTICAS

Robert J. STOLLER, *Dolor y pasión. Un psicoanalista explora el mundo sadomasoquista*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

Antes de proponerse escribir este libro sugerente, y de momento inclasificable, Robert Stoller, doctor en medicina, psicoanalista y profesor en la Universidad de California en Los Ángeles, había dejado escritos dos libros –entre otros– que son puntos de referencia obligado en el estudio de la identidad y del género. Uno, el repetidamente citado *Sex and Gender* (1968), y otro, no menos importante, *Perversion: The Erotic Form of Hatred* (1975). De ninguno de los dos, que son documentos insustituibles sobre la transexualidad, las perversiones y el compromiso sexual en el desarrollo de la identidad, tengo noticias sobre la posible existencia de alguna traducción al castellano.

Sin embargo, a través de la editorial argentina Manantial, que acaba de inaugurar una nueva línea de publicaciones, nos llega este texto inquietante. Publicado originalmente en 1991, el libro arranca con una confesión del autor sobre el motivo de su estudio, que no era otro que el propósito de analizar los trastornos del género en su hábitat natural. Más concretamente, visitar, conocer y estudiar los establecimientos de servidumbre y disciplina (S&D) así como las prácticas del S&M consensual. Eso sí, limitándose a entrevistar a los practicantes y promotores, sin llegar a ser testigo realmente de ningún juego sadomasoquista.

Convertido en un sorprendente etnógrafo psicoanalítico, Stoller se encuentra ante un círculo de informantes y un cúmulo de testimonios que le cuesta entender e interpretar. Al cabo de su esforzada experiencia extrae tres conclusiones casi anticipadas que adelanto aquí al posible lector. Una pri-

mera, la convicción de que cree saber sobre esos hechos más que la mayoría de los psicoanalistas. La segunda, el reconocimiento de que todavía no sabe lo suficiente y lo que sabe no lo conoce con claridad. Y en tercer lugar, la evidencia de que sabe bastante como para recelar de la teoría psicoanalítica sobre el tema, si bien reconoce que no es competente para ofrecer nada mejor. Lógicamente, el autor acaba lamentando la dificultad conceptual para entender el objeto de su estudio, pero también, y esto además de curioso es muy significativo, la pobreza del vocabulario existente para dar cuenta de los matices del dolor que aprecia en su investigación. Escapado del consultorio, su medio natural, este presunto transgresor ocasional del método psicoanalítico se sorprende ante la certidumbre de que no hay una única perversión sadomasoquista sino más bien muchas. No hay homogeneidad, dice, entre quienes vinculan el dolor y/o la humillación con el placer. Visitante de un dominio insuficientemente explorado, Stoller se encuentra indefenso ante la ausencia de conceptos formados sobre la materia y la escasez del léxico disponible.

Inicialmente, para tratar de poner orden en la masa de observaciones que encuentra, divide los comportamientos sadomasoquistas en técnicas, modos, roles, marcos, partes del cuerpo y dinámicas, a sabiendas de que la lista –que puede consultar el lector– es muy incompleta y necesita atender a matices delicados en cuanto a formas, tamaños, olores, texturas, sonidos, durezas, suavidades, decoraciones, materiales utilizados y palabras empleadas, cuya mínima variación pueden provocar un placer exquisito, uno moderado o ninguno en absoluto.

Decidido a defender que el psicoanálisis necesita tanta inseguridad como pueda aceptar, el autor llega, tras su trabajo de

campo, a algunas deducciones sorprendentes que selecciono y resumo aquí como apertivo para quien elija continuar la lectura:

a) Cuando los actores sadomasoquistas conocen las reglas y pueden confiar en sus compañeros, se produce menos daño que en muchas relaciones humanas corrientes.

b) La atención constante e intensa a la experiencia del compañero sadomasoquista es más solícita y segura que la torpeza desatinada, ignorante y no comunicativa que gobierna los gestos eróticos de tantas personas «normales».

c) Deberíamos distinguir a quienes hacen daño de quienes, al tratar de anular los efectos del daño sufrido en los primeros años de su vida, juegan a provocarlo. Muchos de sus entrevistados habían sufrido terribles intervenciones médicas en la niñez y triunfaron con su perversión en la erotización del sufrimiento.

d) El sadomasoquismo es el dominio de los matices.

e) Aunque el dolor pueda ser muy intenso, su aparente extravagancia es sólo teatral y no transmite crueldad.

f) El humor y el sadomasoquismo están entremezclados.

g) Sus pacientes psicoanalíticos no S&M, aunque no haya escalas para tales mediciones, son al menos tan autodestructivos como sus informantes y pacientes S&M.

h) La cuestión del dolor como placer merece un estudio más profundo.

i) Tal vez existan cuestiones en este dominio que ni siquiera conocemos lo suficiente para formularlas.

j) No se pueden aceptar los diagnósticos de perversión tal y como están elaborados en los manuales psiquiátricos o psicoanalíticos.

k) La máxima que define la perversión como «fundamentalmente insatisfactoria» es falsa. Mientras los psicoanalistas no dejen de sentirse amenazados por los placeres que la perversión aporta al perverso, sus teorías serán poco más que mecanismos de defensa.

Cedo ya el libro a quien, animado por esta presentación, desee adentrarse en la lectura del mismo, advirtiendo que si el libro no es tan peligroso para las conciencias como a primera vista lo parece buena parte del mérito la tiene su tosca traducción.

Consejo de Redacción (F. C.)

Harold I. KAPLAN, Benjamin J. SADOCK, *Sinopsis de Psiquiatria*, Madrid, Médica Panamericana, 1999.

Desde que, hace 25 años, viera la luz la primera edición de la *Sinopsis de Psiquiatria* de Kaplan y Sadock, los conocimientos sobre esta especialidad han evolucionado considerablemente. Con esta nueva edición, los autores se reafirman en su bien ganada reputación, de haber creado una obra que da muestra, de manera objetiva y fiable, de todos los cambios acontecidos en el campo de la psiquiatría, sin olvidar por ello, aquellos contenidos que siempre han sido relevantes y que constituyen la esencia de esta práctica clínica.

En esta obra, al igual que en sus siete ediciones anteriores, se adopta un enfoque multidisciplinar. A lo largo de sus capítulos encontramos conocimientos que no se restringen a la psiquiatría concebida como el abordaje de la enfermedad mental, sino que aportan una concepción mucho más amplia de esta rama de la medicina. Así, podemos encontrar un amplio repaso por la Psico-

logía, la Sociología, la Biología y la Neurología. Aspectos todos ellos relacionados para proponer un abordaje bio-psicosocial en la práctica de los profesionales dedicados a la salud mental.

En las páginas de este manual se encuentran contenidos que cubren ampliamente los tres grandes puntos de referencia que constituyen todo proceso clínico. Estos son la evaluación, el diagnóstico y el tratamiento.

Para el proceso de evaluación psiquiátrica es importante valorar diferentes áreas del paciente, tanto en el aspecto físico como en el psicológico.

Esta obra contiene varios capítulos donde se muestran las teorías psicológicas más relevantes sobre el comportamiento humano. Bowlby, Piaget, Pavlov, Skinner, Bandura, Erikson o Freud, son algunos de los autores a través de los cuales se puede obtener una visión global de la psicología de la persona. Las aportaciones de la Antropología y la Etología también tienen cabida a la hora de esclarecer esta conceptualización del ser humano.

Se centra después en ofrecer un recorrido por el proceso de desarrollo del hombre desde el nacimiento, hasta la muerte. Aquí, encontramos un análisis de cada etapa de la vida, donde se abordan aspectos tanto físicos como psicológicos. Aunque se explican los procesos evolutivos normales, llama la atención sobre aquellas patologías que pueden aparecer más fácilmente en cada período vital.

Todo ello comporta unos conocimientos sobre la psicología del hombre normal, que constituyen una base imprescindible para aquel clínico que pretenda realizar una evaluación efectiva.

Siguiendo con este proceso, se abordan otros temas de utilidad como la relación

médico y paciente, técnicas de entrevista (generales y psiquiátricas), epidemiología y bioestadística, así como apartados revisados sobre la prestación de atención sanitaria en la psiquiatría pública.

La exploración clínica del paciente psiquiátrico se expone a lo largo de varios capítulos donde se tratan los aspectos más relevantes, tanto físicos como mentales, que se deben observar y valorar. Asimismo, informa de los recursos técnicos que se pueden utilizar en cada caso. Para ello, encontramos indicaciones sobre pruebas de laboratorio, test psicométricos, etc.

La valoración neurológica, parte muy importante de esta exploración, está sobradamente tratada en un capítulo, totalmente renovado, donde se repasan los aspectos básicos de neuroanatomía, neurofisiología, neuroquímica, técnicas de neuroimagen, biología molecular y genética de la conducta.

El proceso diagnóstico es abordado en esta obra tomando como punto de referencia la clasificación DSM-IV.

Empezando por un capítulo de semiología, la nosología propuesta por la APA se va desarrollando en las páginas de este manual de forma clara y completa. Así, para cada trastorno, podemos encontrar su descripción clínica, los criterios diagnósticos DSM-IV y CIE 10 y las pautas para hacer un buen diagnóstico diferencial.

En esta octava edición de la *Sinopsis de Psiquiatría*, se han añadido varias secciones y se han revisado otras, para dar cuenta de los nuevos descubrimientos y modificaciones de que han sido objeto las descripciones de los trastornos mentales.

Esta exposición se complementa con numerosos casos clínicos que ilustran cada diagnóstico y ayudan a una mejor comprensión del mismo.

Como tercer punto fundamental encontramos las referencias al tratamiento. Este se encuentra desarrollado de dos formas diferentes. Por un lado, tenemos las indicaciones terapéuticas para cada perfil diagnóstico concreto. Por otra parte se encuentran descritos todos los recursos terapéuticos al alcance del clínico. Aquí se hallan entonces, las técnicas más importantes de psicoterapia, los psicofármacos más relevantes y algunas técnicas de medicina alternativa.

Se incluyen algunos capítulos sobre problemas y dificultades que pueden surgir en esta fase de tratamiento. Las urgencias, el riesgo de suicidio, el abuso o la negligencia, son algunos de ellos.

Por último, este manual termina proponiendo otros temas que pueden ser de utilidad en la clínica psiquiátrica como son la psiquiatría geriátrica, la psiquiatría forense o la ética en psiquiatría.

En resumen, esta octava edición de la *Sinopsis de Psiquiatría* de Kaplan y Sadock, viene a ser, al igual que las anteriores, una obra de referencia y consulta que puede resultar de gran utilidad a estudiantes de medicina, psiquiatras, neurólogos, médicos de atención primaria y médicos no psiquiatras, y profesionales de salud mental de todos los campos, psicología, trabajo social y enfermería, entre otros.

Ana Isabel Segura

Azucena COUCEIRO, *Bioética para clínicos*, Madrid, Triacastella, 1999.

De todos es sabido el creciente auge de la palabra Bioética desde que en 1979 aparecieran las primeras referencias sobre este tema. Producto de la cultura norteamericana,

nació ante la necesidad de resolver conflictos éticos surgidos en el ámbito de las ciencias de la vida, cuando los hechos son enjuiciados por personas cuyos credos morales son muy distintos. Surge por tanto como consecuencia del pluralismo de la sociedad.

La Bioética es ética aplicada, entendiendo por ética aquella parte de la Filosofía que aclara en qué consiste la moral, reflexiona sobre ella y aplica los principios encontrados en la vida cotidiana con objeto de resolver los problemas morales que plantea cada actividad social. Es un saber, por lo tanto, que orienta a la acción. Todo ello es aplicable a la sanidad cuyo bien interno es el bien del enfermo, al que se llega mediante una práctica profesional correcta en el marco del respeto a los derechos humanos que la sociedad reconoce a los individuos.

De todos estos asuntos trata *Bioética para clínicos*, el libro realizado por Azucena Couceiro, doctora en Medicina y con una amplia experiencia en estos temas adquirida tanto en el mundo de la clínica como en el de la docencia. Fruto de los numerosos seminarios que imparte sobre bioética tanto en España como en América Latina, nace esta acertada recopilación de textos publicados en los últimos años por autores españoles y anglosajones.

El libro está estructurado en cinco apartados. En el primero nos encontramos con un planteamiento general de esta disciplina, el marco histórico que ha permitido su aparición y desarrollo así como su relación con la deontología médica que durante siglos fue la única referencia para la toma de este tipo de decisiones. El segundo apartado se centra en un tema de vital importancia en el siglo XX, el consentimiento informado, en el que se analiza la relación clínica y los modelos de relación médico-paciente que pueden darse en su seno. El

sujeto pasa a ser considerado como un sujeto capaz de gestionar su vida y su cuerpo. El tercer apartado incide sobre la importancia del método como instrumento para la toma de decisiones, muchas veces inciertas, que toma el clínico en el ejercicio de su profesión; cuanto mayor es la incertidumbre, mayor es la importancia del método. Se analizan dos enfoques, el español y el americano, lo que nos da una idea de la complejidad del tema.

Ante la apuesta cada vez más fuerte de solucionar los conflictos allí donde se originan, surgen los comités de ética dentro de los hospitales. Esto es abordado en el cuarto apartado, para lo cual se selecciona la iniciativa del Consorcio Hospitalario de Parc Taulí de Sabadell, por ser éste el único que hasta ahora ha analizado, criticado y publicado tanto su experiencia como el funcionamiento y los resultados obtenidos. Por último, el apéndice reúne una serie de documentos básicos en el desarrollo de la bioética.

Al final de cada apartado se incluyen artículos prácticos que muestran cómo llevar la teoría a la realidad asistencial, siendo éste uno de los principales méritos de este libro de clínicos para clínicos, pero realizado de forma interdisciplinar, ideal para un primer acercamiento a los problemas éticos que se plantean en la actualidad diaria con los pacientes.

Loreto García

Armando GARCÍA GONZÁLEZ, Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ, *En busca de la raza perfecta. Eugenesia e higiene en Cuba (1898-1958)*, Madrid, CSIC, 1999.

Esta obra, de más de quinientas páginas, recoge una larga investigación en la que

confluyen la experiencia cubana, más directa, de Armando García González, y los conocimientos específicos de Raquel Álvarez en este campo (que es uno de los dos ámbitos de su investigación). Pues ella es autora de *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia* (Madrid, CSIC, 1985), *¿Criminales o locos?* (Madrid, CSIC, 1987, con R. Huertas), y de muchos otros artículos sobre autores preocupados por la hereditopatología, incluyendo el publicado en esta *Revista*. Y es que Galton es el primer nombre propio que aparece en el libro, y el eco de sus teorías eugenésicas –*en busca de la raza perfecta*– se entienden mucho mejor en su aplicación concreta –en Cuba, desde 1898 hasta la Revolución– que no en otros más teóricos y sin duda más fríos (a veces escalofrantes) o más oscuros.

De entrada, los autores dibujan un marco general sobre la eugenesia en Cuba, cuyas campañas duraron hasta 1959, y otro sobre su desarrollo impulsado por el conocimiento genético y la confluencia bio-médica –destacando el longevo A. Mestre (1865-1952)–, mostrándonos en pocas páginas la presencia agobiante de estas ideas en muchos niveles de la educación cubana (incluso la secundaria), en la que se ve la utilización interesada de ciertas teorías de apariencia «irrebatible». El capítulo III, sobre medicina, herencia y eugenesia, es el trampolín que les sirve para acercarse al planteamiento particular aunque Galton fue explicado por doquier, y particularmente en La Habana desde los ochenta del siglo XIX, el Congreso Internacional de Eugenesia (Londres, 1912) desencadenó su desarrollo en Europa, en América y en la isla por influjo norteamericano. De modo que se institucionaliza tal *disciplina* teórico-práctica antes incluso de que en Cuba se creara una oficina Central a este respecto, en 1927, de-

dicada a la eugenesia y *homicultura*: este término significaría ‘cuidado integral del niño’, más allá de la puericultura decimonónica, con afanes de mejorar la «raza». Los capítulos IV-VI se centran en la evolución de dicha *homicultura* –dando lugar a una serie de subespecialidades con nombres un tanto obsesivos (y hasta grotescos) acerca del control de la población en cada una de las fases de su desarrollo–, y en el peso de las tres conferencias panamericanas, en los años veinte y treinta, ya que su predicamento se redujo drásticamente (aunque no la opinión de muchos de sus portavoces americanos) tras la catástrofe alemana.

La segunda mitad del libro está dedicada a abordar por separado aspectos médicos y demográficos –natalidad, mortalidad infantil, maternidad o aborto, por un lado; tratamiento de enfermedades venéreas o hereditarias, certificados médicos y esterilización, por otro– en su relación con la práctica eugenista. Concretamente, los capítulos VII-X se centran en la protección infantil y de la mujer embarazada, en las certificaciones prenupciales (con tantos problemas sociológicos), en el control de natalidad y el «aborto criminal» y, finalmente, en la esterilización de enfermos y criminales a fin de «mejorar» la población: no olvidemos que la *tesis degenerativa* está latiendo en muchas posiciones teóricas, del mismo modo que muchos problemas de orden social, en una sociedad mezclada, discriminatoria y muy desigual, se funden con las argumentaciones que provocan esas ideas.

El libro se cierra con dos apartados más, uno aborda el problema de la raza; el otro hace un balance general sobre la eugenesia cubana. Pues remitirse a la población implica hablar de todo, y, por entonces, ello suponía lo médico, lo político-económico y lo racial, incluyendo, claro está, el intento

de controlar la inmigración (problema que está en el corazón de la actualidad). La palabra *híbrido* es la que empleará el nacionalsocialismo cubano y, en efecto, éste hará campañas de «mejoramiento racial», que desde luego se centraba en negros e indios, pero que en los momentos de auge de nazismo intentó extenderse a los judíos. Aquí se entra, pues, en plena «guerra civil mundial», si tenemos en cuenta las polémicas en contra de muchos médicos e intelectuales cubanos, su participación con el gobierno legítimo en la guerra española (mil cubanos estuvieron en las Brigadas), y la clara diferenciación entre aquella línea fascistoide y la de los eugenistas que se oponen a la idea de inferioridad racial, comprueban el peso de factores individuales, ambientales o sociales, y orientan sus ideas hacia la prevención y la salud.

En fin, este volumen, claro y lleno de sugerencias, muestra, por un lado, la implicación mundial de una teorización decimonónica, en las que el *biopoder* tiene largos alcances hasta la segunda guerra, y, por otro, analiza sus caracteres en un país de inmigración, con una cultura católico-africana que hace de base para otras consideraciones, y cuya independencia de la metrópoli española no impidió otras dependencias foráneas. La dosificación exacta de esta información –y también el «reconocimiento hispano» de muchos modos de argumentar– permite aproximarnos a un movimiento médico-eugenista cuyos logros fueron limitados (atención higiénico-sanitaria), y cuyos efectos en la articulación de discursos discriminatorios, excluyentes, xenofóbicos, pueden ser leídos hoy para reconocer de inmediato las trampas de tantas medidas y juicios que tratan de cortar de raíz una política de acogida y de hospitalidad, lo cual es imprescindible ante el rebrote del

valor de la familia, la nación o la religión como otra forma más sutil y 'neutra' de racismo.

Consejo de Redacción (M. J.)

Raquel ÁLVAREZ PELÁEZ, Florentino FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *De Materia Medica Novae Hispaniae. Manuscrito de Recchi*, Aranjuez, Doce Calles, 1999, 2 tomos.

Preparada hace algún tiempo, al fin aparece en la editorial Doce Calles de Aranjuez esta obra capital de la cultura española del siglo XVI, con una bella factura y con un contenido imprescindible para entender los avances de la historia natural en España y en México. Son éstos los dos gruesos tomos del manuscrito de Recchi que sintetizó la obra del médico Francisco Hernández, *De Materia Medica Novae Hispaniae*, vertidos y cuidados filológicamente de forma excelente por Florentino Fernández, y con una extensísima «Introducción» de Raquel Álvarez, que en realidad es una verdadera monografía (pp. 13-138) sobre ese trabajo inmenso del gran renacentista, parcialmente perdido por desgracia.

Nacido en Puebla de Montalbán, 1517, y fallecido en Madrid, 1587, diez años después de su regreso de México, Hernández estudió medicina en Alcalá, ejerciendo su profesión en puestos de relieve, así en el Monasterio de Guadalupe, llegando a practicar disecciones de cadáveres humanos y a dirigir su jardín botánico. Fue, por lo demás, un erasmista de sólida formación clásica, que mantuvo relaciones con figuras de la talla de Arias Montano o Herrera. Muy aficionado a la botánica, Hernández exploró la naturaleza andaluza con un cirujano y amigo de Sevilla, Juan Fragoso; y tradujo

la obra de un viejo clásico, Plinio, lo que incidirá en sus intereses.

Es bien sabido el interés por los conocimientos naturales y la actividad científica en general por parte de Felipe II. Ayudado por figuras notables impulsó diversos estudios geográficos físicos y humanos, incluyendo lo que se considera la primera expedición científica de la modernidad, planteada con atención especial a la botánica y sus aplicaciones curativas. Precisamente ésta fue la realizada bajo el mando de Francisco Hernández —el *nuevo Plinio*— por tierras mexicanas entre 1571 y 1577. El rey, de quien sería médico de cámara, le comisionó para estudiar los productos naturales de las Indias, comenzando por Nueva España, la zona más rica según se aseguraba entonces. Como resultado de su estancia, interesado el tema de las «antigüedades» de los indios, escribirá en latín Hernández las *Antigüedades de la Nueva España* (Madrid, Historia 16, 1986). Pero allí se dedicó fundamentalmente al estudio de la naturaleza; la descripción y de elaboración de láminas la desarrolló ya en México capital, luego de realizar diversos recorridos para recolectar plantas y consultar a muchos nativos conocedores de especies terapéuticas (que verificó incluso en el Hospital de Indios). Hernández entregó a su vuelta muchas plantas conservadas en distintos recipientes así como plantas secas (aplastadas y pegadas sobre papel) y una gran cantidad de simientes y de raíces guardadas en talegas. Además dio dieciséis volúmenes de dibujos y textos, así como pinturas sobre madera de pino de animales y vegetales: quiso realizar, desbordando el proyecto de partida, una *obra total* sobre la vegetación, difundiéndola en náhuatl y latín, y apelando a los modelos descriptivos más actualizados.

Hernández logró, pues, un importante

conjunto de tomos que permaneció inédito: como dice Raquel Álvarez, él, «que esperaba recibir honores y reconocimiento por parte del rey por la magnífica labor realizada, se encuentra con que se le reprocha la poca claridad de la obra, y se hace evidente que no va a ser publicada como él pensaba». Los textos fueron resumidos por un médico y destilador napolitano, Nardo Antonio Recchi, a sugerencia real (del resumen hubo edición italiana en 1628, y se tradujo, con añadidos, por Francisco Ximénez en Nueva España 1615); y ese manuscrito es el que hoy se recobra pues desaparecieron los originales hermandinos en el incendio del Escorial de 1671.

Luego, el silencio se cernió sobre su colección de datos. Al fin, el naturalista ilustrado Casimiro Gómez Ortega editó en Madrid unos originales, en 1790, que guardó y utilizó Nieremberg en el siglo XVII. Hasta el presente, la edición de sus escritos eran unas *Obras completas* (México, UNAM, 1960-1984, 7 vols.), con la notable biografía del editor G. Somolinos «Vida y obra de F. Hernández», en donde el mejicano Juan Rojo traducía el texto madrileño. Para esta nueva edición, realizada en España, se ha utilizado directamente el manuscrito de Recchi, aunque se haya consultado la versión de Ximénez (que tiene añadidos personales) y la versión de Rojo de la edición madrileña (que es más vasta que el manuscrito). Así se restituye la pureza de la copia parcial recchiana, que se entrega en página par junto con su traducción actualizada al castellano, consultando la onomástica vigente y los diccionarios de náhuatl correspondientes.

La recuperación de este texto resumido por Recchi es clave para conocer a fondo la obra maestra de Hernández, que sufrió cruel incompreensión por parte de un rey hoy demasiado edulcorado. El trabajo con el que

Hernández hubo de enfrentarse fue desbordante, por las dificultades del azteca y «por los más de tres mil vegetales de los que tenía que extraer los que le parecieran más útiles y más seguros desde el punto de vista medicinal», como señalaba ya Raquel Álvarez en su bellísima obra *La conquista de la naturaleza americana* (Madrid, CSIC, 1995). Si los tomos *De Materia Medica Novae Hispaniae* son de sobresaliente calidad otro tanto cabe decir del claro texto de la autora, quien ya se había adentrado en el estado de la ciencia natural al inicio de la modernidad. A su síntesis, *La historia natural de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Akal, 1991) o a la sinopsis, centrada en el mundo hispano, «La historia natural de los siglos XVI y XVII» (en *La ciencia española de Ultramar*, Doce calles, 1991), se añadieron ya trabajos que se encadenan con el que hoy ha salido a la luz: «El doctor Hernández, un viajero ilustrado del siglo XVI» (*Revista de Indias*, XLVII, 1987), «La obra de Hernández y su recuperación ilustrada» (en *La Real expedición Botánica a N. España*, CSIC, 1987) y, de un modo global, p. ej., «Etnografía e Historia Natural en los Cuestionarios oficiales del siglo XVI» (*Asclepio*, XLI, 2, 1989) o «Visión de Nueva España a través de las relaciones geográficas del siglo XVI» (en *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, CSIC, 1989), «Las relaciones de Indias» (en *Felipe II, Ciencia y técnica*, Actas, 1999).

Pues tanto *La conquista de la naturaleza americana* como el «Hernández» que hoy comentamos dan una imagen envolvente de la vida y la muerte americanas –su dedicatoria es directa: «al pueblo mexicano»–, a través de las mejores figuras y documentos, que, en este caso, procedían de un médico ejemplar o, si se quiere, de una verdadera «mirada terapéutica».

Charles LASÈGUE, *De la folie à deux à l'hystérie et autres états*, París, L'Harmattan, 1998.

Nacido en París en 1816, licenciado en Letras a los veintidós años e inmediatamente contratado como profesor de filosofía por el Liceo Louis-le-Grand, el joven Charles Lasègue dio pronto un giro a su destino. De la mano de sus amigos Claude Bernard y Bénédicte-Agustin Morel es presentado en el hospital La Salpêtrière a Jean-Paul Falret que le despierta un gran interés por la «medicina mental». Se matricula en Medicina en 1839. Cinco años más tarde comienza la publicación de una serie de artículos sobre los *psychiker* alemanes, firmada en colaboración con Morel y que encuentra acogida en las páginas de *Annales médico-psychologiques*, estudio que desemboca en su tesis doctoral sobre las doctrinas de Stahl. Del vitalismo alemán –hacia el que profesó una actitud de aceptación crítica– conservó la idea de la especial relación que se establece entre el enfermo, el médico y la enfermedad; su personalidad rigurosa y reflexiva supo integrar los conceptos psicológicos en la observación cuidadosa de los datos clínicos, pero tuvo muy en cuenta que «observar no es percibir», manteniéndose siempre dentro de la lógica científica, sin idealizarla en exceso y sin caer tampoco en exageraciones metafísicas, actitudes ambas que consideraba extrañas a la ética profesional. Tras desempeñar durante unos años la inspección de los asilos parisinos, en 1850 es nombrado médico del «Dépot» municipal des alienés», inaugurando así una escuela que culminará en De Clérambault. Compatibilizando tal tarea médico-legal con la enseñanza y el ejercicio clínico, desde 1869 ocupa también la cátedra de Patología Médica de La Pitié. Muere en 1883 enfer-

mo de diabetes. Un año después de su muerte, lo esencial de su obra escrita fue editada por Asselin en dos volúmenes titulados *Études médicales*.

Quienes han negado profundidad a Lasègue –quizá disperso entre su carrera como internista y sus peritaciones médicas– no han podido sin embargo dejar de reconocer su originalidad. Su amplia experiencia con la locura en el «Dépot» y su vocación de alienista han dejado textos de obligada referencia para los estudiosos de la psicopatología. Imaginativo e inconformista, fue muy crítico con ciertos aspectos oscuros del tratamiento moral de Pinel. Sus referentes teóricos somáticos no le impidieron tampoco resistirse activamente y poner límites a la abusiva extensión del modelo de Bayle (la «parálisis general progresiva» sifilítica) al resto de la patología mental. Pionero en identificar y describir el delirio crónico de persecución (1852), lo fue también en otros campos de la nosología: la anorexia histérica (1873), el exhibicionismo (1877), la *folie à deux* (con Falret, también en 1877), la cleptomanía (fino diagnóstico diferencial datado en 1880) que es además un curioso apunte sociohistórico sobre la transformación de los comercios de la época), diversos artículos sobre la histeria (carácter, fantasías, sintomatología), etc. En cualquier relación de sus trabajos no podría dejar de destacarse el archiconocido «El delirio alcohólico no es un delirio sino un sueño», aparecido en *Archives générales de médecine* en 1881, en el que sale detalladamente al paso del modelo organicista de Moreau de Tours basado en las intoxicaciones por haschís, brindando al lector una inolvidable lección de agudeza exploratoria y capacidad de diferenciación sintomatológica.

La editorial L'Harmattan reimprime en el volumen que comentamos la selección

llevada a cabo por Jaques Corraze en 1971 con el título *Écrits psychiatriques* (Toulouse, Privat), que reunía nueve de los principales artículos psiquiátricos del inaugurador del «Dépot». Corraze proporciona un enjundioso estudio introductorio en el que refleja las raíces filosóficas de Lasègue, su evolución, su orientación médica, la influencia sobre él de Claude Bernard y

Falret, etc., prólogo complementado con un ilustrativo esquema cronológico que permite «visualizar» su trayectoria en relación a la de otras figuras del pensamiento científico y filosófico del tan productivo siglo XIX.

Ramón Esteban Arnáiz



RETRATO DEL ARTISTA COMO ENFERMO

El único medio de renovación consiste en abrir los ojos al desorden. No es un desorden que quepa entender. He propuesto que lo dejemos entrar porque es la verdad.

Samuel Beckett

Los textos de José Luis Peset ofrecen un carácter singular que les hace especialmente atractivos, más allá de su significado como aportación a la disciplina de su especialidad, la historia de la ciencia. Porque sin dejar de ajustarse irreprochablemente a los principios que exige ésta, y partiendo siempre de ese anclaje historiográfico bien definido, la confronta, a veces sin contemplaciones, a verdades centrales de la experiencia humana, enfocando su análisis no hacia aquella parte del quehacer de los sabios en la que éste se desenvuelve con mayor seguridad, sino a aquella otra en la que se abre una brecha de penumbra, una línea de falla, que deja al descubierto el revés de las certezas científicas.

Así en *Muerte en España*, de 1972, el autor estudiaba el desorden natural pero trágico que representan las epidemias, cómo sus estragos son tanto más crueles cuanto más desprotegidas sanitaria y económicamente están las sociedades que las padecen, y el modo en que las muertes colectivas ponen al descubierto como ningún otro fenómeno el alma de la sociedad con la que se ensañan –sus relaciones con Dios y con los poderes públicos–. Y todo ello sin dejar de ver, detrás de las estadísticas o las historias clínicas, no tanto el hecho abstracto de la enfermedad como al enfermo de cólera o de peste, ese antepasado español anónimo, su rebelión, su desánimo y su sufrimiento físico.

En *Ciencia y marginación* (1983), Peset se ocupaba de un momento histórico, la se-

gunda mitad del siglo XIX, en el que el entusiasmo positivista con que la ciencia conquistaba terrenos desconocidos –particularmente en las ciencias morfológicas–, la permitió legitimar triunfalmente una política de la exclusión que se aplicará a ciertos grupos humanos, validando en el siglo siguiente dramáticas opresiones y exterminios colectivos, que se inspiraron en teorías biologicistas que legitimaban la esclavitud en los estados americanos del sur en razón de la inferioridad física y moral de los negros salvajes e incivilizables, estigmatizaban al criminal como un delincuente nato incapaz de redención, justificaban la reclusión de los locos como degenerados irrecurables. En *Ciencia y libertad* (1987) colocaba a unos cuantos científicos en medio de una de las más graves crisis de la historia española, cuando, trasladados a América para difundir allí las luces de la ciencia ilustrada, se vieron arrastrados por el vendaval de la insurrección y tuvieron que tomar partido frente a la independencia criolla, debatiéndose entre su lealtad a la metrópoli y su fidelidad a las ideas que defendían. Por último en *Las heridas de la ciencia* (1993) eran las enfermedades mentales, la lenta y costosa aceptación de una medicina para el alma la que produce en el saber científico heridas y desmayos que la obligaron a recomponer su cuerpo de doctrina.

Pero su último libro recién publicado, *Genio y desorden* (Valladolid, Cuatro, 1999) ofrece, en el conjunto de su obra, algunas singularidades destacables. De

antemano, esa palabra que hace de constante común dando título a la mayoría de sus trabajos, *ciencia*, desaparece para dar paso a la más temible de sus antítesis: el *desorden*. Si no conociésemos ya ese reverso que tienen siempre sus escritos sería difícil entender por qué un historiador de la ciencia, —ese «castillo» que guarda las verdades más legítimas, las más eternas y más puras, aislándolas de toda contaminación emocional—, se ha decidido a abordar un fenómeno tan evanescente, tan cargado de encantos etéreos y de misterios insondables como es la genialidad humana.

Sin embargo, y como se entrevé en textos anteriores, este libro no es el resultado de una afición paralela pensada como complemento compensador de tareas más profesionales. No es otro «violín de Ingres», como se ha llamado a los *hobbies* secretos de los científicos o los artistas, una afición para llenar ratos perdidos y distraerse de las tareas serias. No sólo porque esté pensado y escrito con un alto grado de compromiso personal, de dedicación y esfuerzo, sino porque encaja de perlas en el corazón mismo de sus inquietudes y guarda una total coherencia con su trayectoria profesional. Pues, una vez más, la intención que inspira el proyecto, al que el autor ha dedicado largos años, es la de situarse en la frontera de un problema cultural, cual es, en este caso, la emergencia y consolidación de un *topos*, el arquetipo del hombre de genio, poniendo de relieve, como gusta de hacer, esa zona de penumbra que la antorcha de la razón no llega nunca a iluminar totalmente, aunque, más que en ninguno de sus textos precedentes, es el revés de la trama del conocimiento lo que aquí interesa, ese desfondamiento moral que acompaña siempre a la ambición de saber.

Se trata de un tema, éste del genio —su

personalidad y el cortejo de síntomas que lo acompañan, el modo en que los grandes creadores perciben su mundo interior, y el culto de que se ha visto rodeado— privilegiado de nuestra tradición occidental, uno de sus motivos más densos y también —pues no podemos, ni seguramente queremos, renunciar a nuestra herencia romántica—, uno de los más fascinantes: el genio condensa metafóricamente la idea del sujeto creativo por excelencia, solitario y extravagante, reflexivo y de temperamento triste, dotado de un talento excepcional y especialmente inspirado. Rodeado de un aura de irracionalidad, melancolía y tintes metafísicos, el hombre excepcional, el gran singular, inaugura la moderna mitología del talento, que está destinada a figurar como una imagen de gran potencia en el imaginario social, en tanto que atributo indeleble del verdadero poeta y el gran príncipe, del hombre de ciencia, del artista inspirado y del auténtico filósofo. Su notabilidad y su aura se han visto además realizados por otro arquetipo, que actúa como una especie de contrafigura detestable, la del *filisteo*, el hombre de la calle, la mente satisfecha y bienpensante, felizmente instalado en la mediocridad, presa de la obsesión por el dinero y de las convenciones burguesas.

Una de las citas, que aparece repetidamente en las páginas de José Luis Peset, desde luego en *Las heridas de ciencia* y en las de *Genio y desorden*, es una breve afirmación de Carlos Fuentes que resume muy bien el espíritu que anima todas estas preocupaciones: «ordenamos para que no nos invadan los sueños». Este es, efectivamente, el tema de fondo de este denso e inclasificable texto en el que se engranan todos los ingredientes del héroe: la pasión creadora y sus desmesuras, la conversión del desorden en material de trabajo, la tensión

entre la monumental capacidad de ver y la imposibilidad de medir el mundo, el contraste entre las ambiciones y los medios, el duelo por la pérdida de lo que no se tuvo nunca, la escritura vivida como salvación.

Peset configura en *Genio y desorden* no tanto una genealogía de la genialidad como un mapa con sus accidentes y su orografía, un paisaje mental en el que aparecen en conexión todos los hilos de este mito cultural indestructible. Estudia su presencia en diversos planos, desde el somático y el temperamental hasta el alegórico, la sigue y la rastrea a despecho de los cambios históricos, de los vuelcos sociales, de las modificaciones en la mentalidad, haciendo desfilar ante nosotros una selecta galería de héroes de ficción y de personajes reales —el médico autor del *Examen de ingenios*, Huarte de San Juan, el ensayista Montaigne, el imaginario estudioso Fausto de trágico destino, el arisco catedrático salmantino Torres Villarroel, Nietzsche y Lombroso, el *Dorian Gray* de Wilde, los personajes novelescos de Thomas Mann, el propio Thomas Mann, el «malogrado» de Thomas Bernhard—. Todos varones, por cierto, pues efectivamente para esta tradición la genialidad es, por antonomasia, un privilegio y una dolencia de exclusividad masculina.

El viaje por este paisaje de figuras geniales se inicia en el ocaso del humanismo renacentista, la segunda mitad del Quinientos, un momento histórico sombrío y un tanto encapsulado, de manierismo artístico, de autorreflexión y ensimismamiento, de pesimismo y de desdoblamiento irónico, condiciones espirituales todas ellas que propician la emergencia del mito, tan bien encarnado por los nostálgicos sonetos de Miguel Ángel, las melancólicas páginas de Benvenuto Cellini o los nerviosos personajes de El Greco. Pues si bien se trata de

una tradición que tiene precedentes remotos en el mundo de los antiguos —en la doctrina del *enthousiasmos*, la inspiración divina que posee al poeta, expuesta por Platón, Demócrito o Cicerón, y en el *genius* de los romanos, el espíritu que vive dentro de los hombres, las cosas y los lugares, como un habitante interior que susurra y aconseja—, será a partir del Renacimiento cuando la idea del genio se rodee definitivamente de la aureola de lo sublime. Para llegar a estos sentimientos había sido necesario que la Iglesia hubiese perdido ya su dominio sobre las ansias de trascendencia de los individuos dejando de ser la depositaria exclusiva de la Verdad, que los hombres descubriesen que la espiritualidad no se agota en la religión, y que emergiese ese territorio nuevo, el verdadero continente por descubrir, promesa de peligros y aventuras, el del *yo*, sobre el que se van a volcar las ansias de exploración y la curiosidad del sujeto moderno.

A través de Huarte o de Montaigne, se aprecia bien hasta qué punto el mito del genio actuó como una secreta coartada del pensamiento laico para afirmar sus derechos, para dar legitimidad al ansia de saber por muy desmedida que pareciese y poner en crisis esa tradición cristiana que condenaba cualquier exceso de curiosidad como la peor de las vanidades. La busca desordenada de la verdad, había dicho Agustín de Hipona, es una ciencia ilícita y morbosa, llena de peligros mortales para el alma, porque hace creer a los hombres que han trascendido su condición terrenal.

Una vez cerrada la «era de la teología» se abre esta «era de la curiosidad», desordenada, ambiciosa, universal, que permitirá saciar, ya sin trabas, las ansias de conocer de los hombres modernos, su gusto de novelar sobre todas las aventuras imagina-

bles, de pintar en sus lienzos todos los paisajes posibles, de inventar nuevas técnicas, de surcar los mares o estudiar especies zoológicas y botánicas, de rastrear la historia del pasado, estudiar lenguas muertas o desenterrar ruinas y vestigios antiguos, de devorar en la soledad de los gabinetes todas las lecturas nuevas que contienen los libros impresos, objetos que modifican profundamente la naturaleza del trabajo intelectual. La teoría del genio aparece así indisolublemente unida al desarrollo de la ciencia en los siglos modernos, y entre ambas revolucionan el conocimiento y ponen en cuestión todo el sistema tradicional del saber, regido hasta entonces por ideas dogmáticas y censuradas.

Con su recorrido de casi medio milenio, Peset pone de relieve la tenaz supervivencia a lo largo de la historia de esa idea que el creador se hace de sí mismo como un ser distinto y superior, convicción que atraviesa las generaciones y sobrevive incluso a las exigencias morales y religiosas de la Contrarreforma, como le sucede a Montaigne que, desde su torre, contempla las crisis de su tiempo, deplora vivir en un siglo intolerante que no le satisface, se lamenta de la blandura y el afeminamiento imperantes y ve cómo la libertad obtenida por sus mayores se anega en sangre y tiranía: él «sabe que aconseja para una sociedad que termina o acaso para otra que no ha nacido. No se siente apasionado ni por la corte, como el noble, ni por la hacienda como el burgués. Su tragedia es sentir su mundo acabado, una *ontological insecurity* que compartía con su amado amigo. Se revuelve contra su propio yo, pues entiende que conocerse es peligroso; la naturaleza nos hace mirar hacia afuera y hacia adelante, evitando el pasado en nosotros inscrito: 'Eres el escrutador sin conocimiento, el

magistrado sin jurisdicción y, después de todo, el bufón de la farsa'. Su sentir oscila entre pensamiento y acción, deseo y realidad, desprecio y tristeza. Partidario del desprecio de Diógenes o Demócrito hacia el mundo, está ensayando nuestro autor la melancolía de la pérdida. 'Mi mundo se ha perdido, mi forma está vacía; soy todo del pasado y véome obligado a reconocerlo y a conformar a ello mi desenlace'» (p. 37).

La genialidad prevalece incluso en épocas tan hostiles a la irracionalidad como la ilustrada, y alienta, tal como nos expone Peset, en la personalidad del excéntrico Rousseau, de alterada afectividad, hipersensible, hipocondríaco y melancólico, dotado de ese *grain de folie* que Diderot aprecia en todo hombre de inteligencia —en el artículo «Génie» de la *Enciclopedia*, de dudosa autoría—, en el que defiende «el carácter natural del genio, que se configura como lo más excelso, como un don de la naturaleza, una rareza diferente y singular que auna imaginación con realidad. Su camino accidentado ha sido señalado por muy diversos comentaristas. 'Esa emoción o entusiasmo es el signo del genio poseído por la inspiración'. En él se presentan fenómenos anormales, patológicos incluso, que pueden conducir a la exageración monstruosa, ya sea por predominio de un sentido u órgano, o bien por un fuerte torrencial de pasiones, que se acompañan de falta de sensibilidad y del necesario autocontrol» (p. 92).

La única salida de este callejón es la escritura: escribir cura. La literatura es una suerte de sangría, de exorcismo, una vía de liberación; es el *orden* que reorganiza el caos interior, la locura torrencial de la imaginación. Y el papel, un «puro infierno». *Nunca el silencio* es el lema oculto con que un Torres Villarroel resume esta urgencia

de la pluma que sienten los modernos, para quienes la poesía rivaliza en la exclusividad de la verdad con la ciencia. Y es que escribir, además de un medio para alcanzar la verdad, nos proporciona un regalo añadido: «belleza y sobrevivencia». Pero escribir, o crear, supone igualmente una manera de contemplarse. «Para Diego tomar la pluma es contemplarse en el espejo». El ensimismamiento de la escritura es una forma de narcisismo —el mito del dios que se enamora del reflejo de su propia imagen, que se piensa y se observa a sí mismo, aquí viene enmarcado por la imagen de Caravaggio—. El mito del hombre que se observa reaparece, en las últimas páginas, a propósito del héroe imaginario de *Dorian Gray*, el joven inglés de «suprema belleza y trágica herencia», que decidido a aferrarse a la inmortalidad «pacta con algún ser maligno la permanencia eterna en su adolescencia, símbolo de arte y de belleza».

Pero el espejo es también una metáfora de la estrategia estética de la ironía, una forma de desdoblamiento especular y bipartita, en la que el poeta se inclina sobre sí mismo como Narciso, pero también se inclina sobre su desdicha, pues ese culto del yo no deja de estar orientado a la recuperación de sí mismo, al deseo de compensar su sentimiento de «incompletitud». Torres, enfermo de melancolía y despreciado por su universidad y sus colegas, se ríe. Pero su carcajada «no es la académica —‘una risa, que supone ciencia’—, ni la risa cristiana —que en la enfermedad o influjo astral tranquiliza la conciencia y alegra el ánimo, tal como señala en su *Juicio y pronóstico del globo*—, sino que es el eclecticismo ambiguo del barroco, que une la literatura a las dudas profundas de la sociedad y de la ciencia, a la propia religión, a los miedos ante la muerte y la condena. No es

la sonrisa de los estoicos que, para Montaigne, permitía soportar el dolor diario; es, por el contrario, la ironía o la sorna del conocedor de las profundidades del mundo y del alma» (pp. 73-74).

Pero a José Luis Peset le interesa también el elevado precio que debe pagar la genialidad, los padecimientos asociados al talento, la infelicidad y el duelo a que se ven abocadas las grandes inteligencias. El libro podría llevar también como título *Figuras de la pérdida*, pues es ese sentimiento de renuncia, como ingenuamente expresa el «artista adolescente» de Joyce, el programa moral que da ínfulas a nuestros genios y atiza el fuego interior que les consume: «No serviré más a aquello en lo que no creo, llámese hogar, patria o religión. Y trataré de expresarme en la vida y en el arte tan libre y plenamente como me sea posible, defendiéndome con las únicas armas que me permitiré usar: silencio, destierro y astucia». Ya Montaigne, tal como nos recuerda el autor, entre los dos caminos que llevan a la vida, desdeña el ordinario y directo y decide adentrarse en el más peligroso, el de la muerte y la genialidad: es la elección del desorden, la no aceptación de la medianía, el afán desmedido de saber, la pasión del conocimiento. Y, a cambio, un combate heroico hecho de «silencio, destierro y astucia», que se libra al precio de un desdoblamiento interior, de un incesante trabajo sobre sí. Pues, efectivamente, el yo del genio está hecho a partes iguales de narcisismo y desánimo, pendula entre la murria caviladora y el furor creativo, se debate entre el sentimiento de fragmentación y la manía de grandezas.

Y es que todos estos creadores se sienten en su fuero interno como dioses, creadores de mundos, pero a la vez como ángeles caídos, trágicamente paralizados por la pérdi-

da del paraíso, por la conciencia de que hay un ámbito del saber que para ellos es inalcanzable, la esfera de lo metafísico, que les produce aislamiento y nostalgia intelectual. El poeta, el filósofo, el artista, es un atormentador de sí mismo obsesionado por el desasosiego que le producen los conocimientos incompletos, su incapacidad de dominar el «más allá» del saber. Lo peor de su estado, tal como ellos lo ven, es que «saben que no saben», que ven problemas y complejidades donde los demás no ven nada y que, como le sucedía a Torres, quieren «sacar agua del insondable pozo del sentido común» y encuentran «rota la caldera de la fantasía». Y todo eso amustia su conciencia, les hace sentirse solitarios y separados del mundo, les vuelve extravagantes, proclives a las manías e intratables.

En nuestra tradición, ese desasosiego tiene también una etiología orgánica que el saber médico atribuyó, ya desde los antiguos, al *furor melancholicus*, una bilis negra como la tinta, un alquitrán espeso que recorre el organismo de los grandes talentos, tiñendo de negro su conciencia y su visión del mundo. La melancolía es indisoluble del infierno de la creación, pues actúa como un mal caníbal que perturba el carácter y entristece el ánimo. Cada uno de sus hombres geniales va dejando memoria del cortejo de dolores, miedos y patologías que son el precio del talento: la turbiedad de la sangre, el insomnio, los desarreglos intestinales, el abatimiento, la dejadez corporal, la hipocondría y la tendencia al suicidio e, incluso, la temida locura, que será el sello autenticador del genio. Torres Villarroel, con su extraordinaria prosa barroca, da cuenta de estos padecimientos: «Las negras aflicciones, las tristísimas congojas y la imponderable flojedad que dejó en mi espíritu este último porrazo, planta-

ron en mi cuerpo una debilidad tan profunda, que hoy es, y no he podido arrancar las rebeldes raíces que se agarraron en sus entrañas. El estómago empezó a hacer impuros sus cocimientos, los hipocondrios a no saberse sacudir de los materiales que caían en sus huecos, y el ánimo a no acertar con el esparcimiento y la diversión. En fin, todo paró en una melancolía tan honda y tan desesperada que no se me puso en aquel tiempo figura a los ojos ni idea en el alma que no me aumentase el horror, la tristeza y la fatiga» (cit. en p. 81).

Sin embargo, Nietzsche que, ya en los últimos apartados del libro encarna las ambiciones y grandezas del genio, reacciona frente a la debilidad, porque el hombre superior está dotado de una fortaleza sobrehumana y la plenitud creativa está asociada al vigor, al poder y al desbordamiento de la vida: «La del artista es una raza fuerte, entre el animal y el dios, lo que para la mayoría es nocivo, morboso, es para el artista natural. Su nerviosa excentricidad no es histérica, es tan sólo irritabilidad, empobrecimientos o excesos de energía o humores, un auténtico carácter 'dramático'; sus crisis, veleidades e histrionismo son síntomas de sus experiencias particulares, de su falta de pudor y de su vivir lúdico. Se trata, en fin, de la lucha de la forma frente al contenido, del triunfo de la subjetividad sobre la objetividad. El artista experimenta el arte como un estado de embriaguez, como consumación de la existencia, su plenitud: exaltación, perfección, afirmación o divinización, como un enfrentamiento a lo terrible, expresando su voluntad de poder» (p. 119).

Este tema nietzscheano de la proyección estética está muy próxima a la descripción que Cesare Lombroso hace del genio y del artista enfermo (de hecho, Peset ha estado

siempre interesado por este notable científico del que hace ya casi veinticinco años publicó un extenso estudio, *Lombroso y la escuela positivista en Italia*). Las vidas de ambos, Lombroso y Nietzsche, se cruzaron en las calles de la misteriosa Turín, en la que el visionario alemán perdió la razón y el famoso médico desarrolló su teoría sobre la locura del hombre genial (*Genio e follia*, 1864). Sus personalidades contrapuestas le sirven a Peset para explorar el entrecruce de sus intereses, pues «ambos comparten palabras semejantes para hablar de enfermedad, de herencia y de degeneración», en un singular diálogo entre ciencia y filosofía, entre positivismo y ensoñación, entre orden e irracionalidad, en el que emergen elementos confluyentes, tales como la importancia de los arquetipos primitivos en la creatividad, la proclividad al genio entre los hebreos o la locura como privilegio del talento.

Esta trama simbólica culmina y se ve condensada en el mito de Fausto que atraviesa los tiempos desde sus orígenes más remotos hasta llegar al extraordinario drama de Thomas Mann, en el que la figura del genio se tiñe de los peores presagios sobre el destino del hombre. Detrás de su *Doktor Faustus* están los dramas íntimos y familiares de Mann, así como la tragedia de Europa que se vislumbra en el horizonte. «La novela transcurre entre las dos guerras, si bien escrita sobre el final de la segunda (1943-1947) y puesta en paralelo con la llegada del nazismo al poder, pues en sentido nietzscheano la vida de toda nación está armonizada con la del ser superior. Pero también se respira en ella un fondo alemán antiguo, que nos transporta al Renacimiento, época de luteranismo, de enfermedad (peste y sífilis), de guerras, de hambres, de milagros, de brujos, de demonios, de prodigios, en donde subsiste la bar-

barie nada apolínea del Medievo. Mann se complace en esa Alemania, pero la rechaza y condena; sus palabras sobre la nación —ha conocido el exilio, muy distinto de su viaje a Francia en 1926— nunca han sido tan duras» (p. 142). Una vez más hacen su aparición todos los motivos y referencias propias del héroe genial: la tentación del abismo, el sobrepasamiento moral, la creatividad exacerbada y demencial, el castigo de la soledad y la melancolía, la infecundidad carnal, el arte como pago del pacto, la hostilidad hacia el positivismo burgués... Y como colofón supremo, la música, «conocimiento, deseo y vida», expresión del «subjetismo bárbaro», camino de la verdad guiado por el diablo.

Peset va engranando todos estos *topoi* en dos grandes capítulos —«Los reflejos de la naturaleza» y «La coronación de la música»— y, al hilo de las biografías de sus personajes, va aunando cualidades muy variadas que delatan la pluralidad de sus conocimientos y el talante humanístico de su curiosidad intelectual: un escrupuloso rigor en la erudición, un ambicioso tratamiento multidisciplinar, un original tratamiento de los temas y una notable inteligencia de las conexiones entre todos ellos. Peset se pega fielmente a los textos de sus héroes, a sus escritos literarios y a sus confesiones íntimas, desarrollando un verdadero arte de la cita, pues son siempre oportunas y originales, exactas en la intención, poniendo de manifiesto un trabajo filológico de primera categoría, sin apenas hacer gala de interpretaciones, generalidades ni teorías, y dejando que el lector crea que es su propia inteligencia la que extrae las derivaciones, la que comprende ese trasfondo que subyace tras las biografías y las obsesiones de sus personajes dando una secreta coherencia al texto.

Este es uno de los aspectos más originales e interesantes del libro, el modo en que su autor, que desconfía de los exhibicionismos del genio, se hace presente sin imponer su presencia, su manera de «no estar», de dejar que sean estos talentos trastornados y ‘anormales’ los que hablen por sí mismos. Pero no se trata de esconderse tras la neutra y gris objetividad del científico como tras un escudo, sino de hacer valer una presencia nulamente narcisista, pero pacientemente estudiosa, para rescatar al genio de ese magma oscuro sentimental y delicado que siempre lo ha envuelto, y

exponerlo a una luz templada y filantrópica, compasiva y a la vez vigilante, sin terurismos, grandilocuencias ni empalagos. Como si nos quisiese convencer de que los genios no son, en realidad, como decía Borges, sino «ejemplos espléndidos de las posibilidades que hay en todo hombre». Por eso nos fascinan. Porque reconocemos en ellos algo de nosotros mismos: pensamientos que fueron nuestros y que, de su mano, regresan «con cierta majestad forastera».

María Bolaños

